

la forma de lo que se sabe está ya en el contorno. No es todavía lo nuevo en absoluto, sino aquello que, ya ido, puede empero recuperarse, retenerse en la órbita de un simbolismo arcaico —preferentemente— greco-romano. La actitud del espíritu renacentista es, sin duda, la del hombre exaltado ante la inminencia del prodigio; entraña la expectativa frente a la necesaria y deseada repetición *humana* de la historia. De ahí que no sea posible, en fin, redescubrir sin magnificar; ni ponderar excelencias sin extraer del recuerdo un *nombre* cuyo brillo iluminador se vierte sobre todo (8).

Ocurre, sin embargo, que se descubre un Mundo Nuevo antes nunca visto, no registrado ni indirectamente siquiera por ninguna de las literaturas que de continuo alimentaron al espíritu y al intelecto a lo largo de los siglos pasados. *La Odisea*, Platón o Aristóteles, *La Eneida*, u Horacio, están dictando de antemano el orden estricto de los descubrimientos renacentistas forzosos, gracias a los cuales viene a confirmarse del todo lo que ya se sabía. Pero he aquí que, en el Nuevo Mundo, el mundo *nuevo* no ha sido visto ni descrito jamás. ¿Cómo situarlo orgánicamente en el rompecabezas de la serie si no parece posible relacionarlo con reminiscencia clásica alguna? Pese a lo cual, no hay más remedio que pre-verlo vaciándolo en los mismos moldes mítico-arcaicos que dieron a la filosofía y a la literatura de la época, al conjuro del Renacimiento, su peculiar estilo y fisonomía.

Los conquistadores, en tanto que descubridores, son también renacentistas que buscan una confirmación mítica amplísima (la mística del Almirante así lo confirma) de lo sucedido, pero tampoco pueden menos que sentirse soliviantados por un dato cósmico de tales proporciones que han de vacilar en la misma raíz, en lo más profundo de su milenario cimiento cultural. Queremos decir con esto algo muy preciso: que la vivencia del Nuevo Mundo da lugar a una polarización de los contenidos vividos. Pero a una polarización literal, en el sentido de que, al situarse en puntos diametralmente opuestos, sin dejar de actuar como sendos complejos de tensión intraanímica, se están comportando en realidad como contenidos que se ignoran mutuamente entre sí. Que hay un efecto descalabrador en el momento de consumarse el encuentro, ello es indudable. Sólo que la acción de lo desconocido se polariza, se oculta del otro polo del fenómeno espiritual, donde, el deseo, forzosamente inconsciente, de encontrarse de nuevo, aun en medio de la nada, con un mundo propio similar en líneas generales al que se acaba de dejar atrás, logra satisfacerse mágicamente cuando las palabras y voces del lenguaje tradicional, al destacarse como

---

(8) Este punto está ampliamente tratado en el libro que le dedico: *Teoría de la realidad americana*.

una sutil formación de vanguardia, dan la impresión de que ahí se encuentran otra vez los conglomerados de cosas y fenómenos familiares que ya no se esperaba, conscientemente, volver a ver jamás. El descubridor cubre con un *manto de palabras*—significaciones de variado color y de reflejos cromáticos seductores— el *espacio en blanco e inacceso* que, de súbito, se extiende hacia horizontes deslimitados.

Aquí está justamente el problema, y su respectiva e inmediata solución. Los conquistadores—obedeciendo a fijaciones conductuales estructuradas en su memoria colectiva—tienen que aprender a proyectarse ellos mismos como *figuras* que actúan en el espacio, a ver en éste el marco del cual ellos mismos forman el objeto figurativo actuante. De otro modo, la vastedad espacial incircunscrible los habría obligado a huir desordenadamente ante el enemigo impalpable y a resbalar por los bordes de una inmensidad sin contornos, inaprensible. Están acostumbrados a actuar siempre en un marco y según un estilo o patrón de experiencia, nunca más nítido que en el momento en que, polarizado, parece que se extinguiera su natural conexión estructural con el todo, con la totalidad de la experiencia. Si el espacio debe participar de una forma, «la forma imaginativa, diremos con unas palabras de Rudolf Arnheim (9), no surge del deseo de ofrecer “algo nuevo”, sino de la necesidad de revivir lo viejo. Surge del punto de vista original que asume espontáneamente un individuo o una cultura sobre el mundo interior o el exterior. La forma imaginativa más bien reafirma la verdad, antes que distorsionar la realidad. Es el resultado inesperado de reproducir una experiencia tan escrupulosamente como sea posible.» No deja de ser admirable que estos conceptos tomados de un texto muy especializado resulten aquí aplicables con un máximo de rigor.

Claro es que el hombre percibe siempre el paisaje que lleva consigo. Rufino José Cuervo, con finura psicológica, hablaba ya de «aquellos conquistadores de hierro que, enterneciéndose al tender por primera vez la vista sobre paisajes parecidos a los de la patria, fingieron en sus mezquinas chozas una Cartagena y una Santa Fe, y en su fantasía revistieron los campos con árboles, hierbas, flores que allá habían sido testigos de sus juegos, sus alegrías y su pesares» (*El castellano en América*). Aquí Cuervo, como muchos otros, repara en un resorte psicológico individual, y tiene su observación, sin duda, plena validez. Sólo que hay que llevar a cabo una modificación importante, puesto que, en efecto, si de alguna parte se desprende realmente el recuerdo es de la conciencia colectiva del grupo y en tanto que conciencia colectiva hispánica inconfundible.

---

(9) *Arte y percepción visual*, p. 114. Ed. Eudeba.

En buena cuenta, a lo que propende el conquistador, entusiasmado al par que batido por las apariencias, no es a inquirir por la *incógnita* misma del ser, que no se le entrega. Maneja el *nombre*, y parece que desplegara también la realidad. Apunta al entorno más asequible, a la porción de aspectos naturales más fácil de configurar imaginariamente según un modelo intuitivo cualquiera, y le parece que nombrara asimismo el contorno total, como si, interiorizado de los detalles, dominase el conjunto desde dentro. La operación psíquico-metafísica consumada es de orden, claro, eminentemente mítico. Pues sólo un nombre, un contenido mítico liberado, puede sustituir y trascender con fruto la ignorancia que se tiene del ser «en sí» de la realidad.

A fin de comprender un poco mejor este problema deberíamos recurrir al empleo de ciertas nociones de etnología. Un ejemplo. «Para los egipcios, escribe Desroches-Noblecourt, el nombre de un ser o de una cosa se confunde con su objeto. Y, pronunciar alto un nombre, es llamar a la vida al ser o a la cosa que él representa. Ninguna cosa, ningún ser podía existir antes de ser nombrado y eso era suficiente para que la creación fuéase realizada, para que el Demiurgo pronunciara alto los nombres de todo aquello que quería traer a la vida» (10). Alejandro von Humboldt, adelantándose a Bachelard, escribía en *Cosmos*: «Entre los pueblos más atrasados en civilización, la imaginación se goza en creaciones extrañas y fantásticas. La predilección por el símbolo influye simultáneamente en las ideas y en las lenguas. En vez de examinar, se adivina, se dogmatiza, se interpreta lo que nunca ha sido observado.» ¿No dice Gastón Bachelard que «el mundo es bello antes de ser verdadero»? (11). Con palabras de L. Law, Whyte: «La imaginación es el seno de la realidad» (12).

Poseer un lenguaje, un idioma —y esto lo saben hoy día muy bien los lingüistas y los lógicos— es obrar mágicamente sobre el mundo, es incitarlo a manifestarse. Toda palabra, todo nombre, nos induce a hacernos cargo de la correspondiente evocación, liberan las imágenes que dormitaban en nuestros espíritus, impulsándonos, desde luego, a confundir el nombre con la cosa. Unamuno solía decir: «Ser es llamarse —y que le llamen a uno—, y el nombre —otra vez más—, la sustancia espiritual de una cosa» (13). Podríamos enhebrar numerosas citas. Terminemos con ésta, que es una explicación psicológica del problema. «No sabríamos creer en nada —dice Henri Delacroix—, a menos de postular un universo. No constituimos una realidad como tal —cualquiera que sea—, sino apoyándonos sobre ciertas apariencias, a las cua-

(10) *Histoire Générale des Religions*, vol. I, p. 154. Ed. Hachette.

(11) *El aire y los sueños*, p. 209. F. C. E. México.

(12) *La forma de lo desconocido*, p. 42. Ed. Sur. Bs. As.

(13) *Obras completas*, vol. VI, p. 696.

les conferimos el valor de realidad por referencia a un sistema, por su integración en un universo. Hay muchísimos universos. Tantos como los que somos capaces de construir» (14).

8. Es indudable que los contornos del nuevo espacio «americano» tienen que ser ceñidos, más que indicados, por un nombre. El problema de su nominación, sin embargo, apenas si tiene algo que ver con la geografía ni con la historia de los portulanos. Estos últimos perfilan y describen una región del planeta según la trama matemática de meridianos y de paralelos. En cambio, el espacio que hay que asir con la imaginación, producto del encuentro vivido con la nada, con el espacio inconmensurable o con la incógnita del Nuevo Mundo, es un espacio irracional, que sólo puede captarse integrado con un nombre, es decir, con un símbolo onomástico que exprese la relación de equilibrio virtual entre un objeto que se disimula, emboscado, en el horizonte, y un sujeto que se adelanta y tiene que habérselas con él y aprehenderlo instantáneamente como algo que está ahí, y con la aquiescencia del cual el mero acto depredatorio (de conquista) se trueca en un contenido de conciencia que posee la fuerza y la mágica virtud de conmutar aquel acto suicida de perdimiento (tras el contorno infinito), en un acto espiritual de descubrimiento, por tanto, en una acción con significado metafísico incuestionable.

Esta habilitación imaginaria del espacio irracional se lleva a cabo, precisamente, por mediación del nombre simbólico que lo hace aparecer ante los ojos de los conquistadores como la primera *facie* de un acto que verifica al fin las fronteras interiores del descubrimiento mismo. La conquista, en efecto, no podrá proseguir sino dentro de los límites precisos que la imaginación establece, o sea, para decirlo todo, no ante la nada y en medio de lo desmesurado, sino dentro del cuadro concreto de la cosa que se desprende y se aprehende ahí. En este punto se comprueba el carácter profundamente renacentista que define la estructura mental y espiritual de los conquistadores «medievales» españoles. Sin su fantasía renacentista, les habría sido poco menos que imposible imaginar los perfiles fantásticos que realmente ponen delante y contexturan la materia de un objeto-real accesible; sin ellos, su acción se habría desmenuzado en el caos, como una simple empresa dominada por bárbaros. El hombre, en esta coyuntura, ha actuado, una vez más, como un todo espiritual, no como un instrumento subordinado, adherido a pasiones o intereses, públicos o privados, escindidos de patrones de conducta irreales y abstractos.

La palabra que conduce al error es también la única que nos aproxima a la realidad, y que nos permite verificar el salto de la realidad

---

(14) *Psicología del arte*, p. 119. Ed. Ateneo, Bs. As.